

Ver, imaginar, escribir el mar*

Claude Benoit

Universidad de Valencia

Claude.Benoit@uv.es



El presente conjunto de estudios sobre el mar, sus imágenes y sus escrituras merece una lectura atenta y esmerada. Tiene la gran virtud de recoger, de forma plenamente justificada por su enfoque multidisciplinar, una rica variedad de estudios críticos aplicados en su mayoría a varios géneros literarios y a autores de países francófonos, pero dando cabida también a la lingüística y a la sociología del discurso turístico. En esta diversidad, no exenta de coherencia, radica el mérito de este volumen. La presentación, a cargo de las editoras, declina brevemente el contenido de las distintas colaboraciones, abriendo así el apetito del lector, deseoso de adentrarse en este mar de reflexiones y hallazgos tan originales como acertados.

El mar, tema literario universal, ha nutrido desde la Antigüedad el imaginario de poetas y artistas. Símbolo absoluto, su contemplación ha inspirado a generaciones de seres humanos de cualquier raza, época o latitud. Posee un imponderable valor evocativo y ofrece un sinfín de significados. Es lo que viene a demostrar con creces el volumen que nos ocupa: remontándose al siglo XVI, Mercedes Travieso, buena conocedora de la obra de Du Bellay, a lo largo de un sutil análisis, destaca la permanencia y la fuerza del símbolo marino como espacio cosmogónico y mitológico acorde con

* A propósito de la obra editada por Inmaculada Illanes y Mercedes Travieso, *El mar, imágenes y escrituras* (Berna, Peter Lang, col. «Espacios literarios en contacto», 3, 2013, 256 p. ISBN: 978-3-0343-1377-3).

las imágenes tópicas recurrentes en la poesía renacentista, sin dejar de lado el símil del espíritu agitado y torturado semejante al mar tumultuoso y embravecido. Durante la estancia romana del poeta, se vuelve mar del exilio y de la «desesperanza», pero también símbolo de su espíritu, siempre ansioso y confuso, lleno de dudas e incertidumbres: «mes pensers sont la mer».

Si avanzamos tres siglos, constatamos que la novela realista, en su búsqueda de objetividad, sigue mirando hacia el mar. Es lo que nos muestra Lola Bermúdez, en un estudio muy penetrante que deja constancia de la sensibilidad literaria y poética de su autora. En «Como navíos perdidos en la bruma», presenta un amplio abanico de imágenes marinas omnipresentes en la obra de Maupassant, en particular en su novela *Pierre et Jean*. En esta, el mar aparece «como el gran espejo en el que se reflejan las diferentes pulsiones que van conformando el carácter de los personajes y el desarrollo de la historia». Juega un rol fundamental tanto en el desarrollo de la intriga como en la revelación del interior de los protagonistas. En sus dos valores antagónicos, el mar representa para Pierre el abismo, lo insondable, mientras el conjunto de los demás personajes lo perciben como horizonte, superficie lisa o corriente tranquilizadora. Simbólicamente, será asimilado a la expulsión, la desposesión y finalmente a la muerte, cuando el personaje, rechazado por los suyos, se hará a la mar.

Otro novelista de la misma época, Pierre Loti, oficial de la Marina, plasma en sus obras gran parte de sus experiencias marítimas. Carmen Camero, en un acertado rastreo por el texto de *Pêcheurs d'Islande*, recoge las numerosas imágenes marinas que enmarcan la acción o la condicionan. Pone de relieve que el escritor conoce bien la fascinación y los peligros que ejerce el océano sobre el pueblo bretón, entregado a la pesca, luchando a diario contra este mar terrorífico. Las numerosas imágenes que ha seleccionado exponen su doble vertiente: agua de vida *vs* agua de muerte. Verdaderamente original resulta el descubrimiento de la homología entre lo textual y lo visual a través de la visión pictórica impresionista que precede a las descripciones marinas, llenas de matices y sugerencias.

Algo posterior a los antes citados, Colette también fue amante del paisaje marino, sea la Bretaña donde vivió con Missy o el Mediterráneo de *La Treille muscate*. Flavie Fouchard centra su estudio sobre *Le Pur et l'impur*, donde el mar aparece como espacio conciliador favorable a la confianza entre un hombre y una mujer, como en *L'Ingénue libertine*, donde se convierte en el escenario de la revelación del placer para Minne. El color gris del agua, relacionado con la mirada femenina, adquiere valor de traición. La autora muestra la ambigüedad del valor simbólico en el terreno amoroso y su continua versatilidad en los textos colettianos.

Contemporáneo de Colette, Paul Morand, gran conocedor del mar por su vida viajera, le otorga, como lo muestra extensamente Inmaculada Illanes, un lugar y una función preponderantes en su obra literaria. Con títulos reveladores, sus libros de viajes, poemas y relatos de ficción presentan de forma constante el mar Mediterráneo

como fuente de placer y necesidad vital para el escritor, que traslada esta pasión a la escritura. Los placeres del baño, de la navegación, de la contemplación de los paisajes, convierten el mar, con sus múltiples caras, en el auténtico protagonista de toda la obra del académico.

A orillas del siglo XX, unos críticos se interesaron por el estatus de la novela de aventura, como lo expone muy pertinentemente Sylvie Thorel, y por su relación con la imagen del mar: para Rivière, era un navío que cambiaba de rumbo, siendo la Odisea el libro «souche». Pero la conclusión es que el turismo ha tomado el relevo de las antiguas odiseas; la aventura solo es novelesca, y se realiza en nuestro entorno y en nuestro interior. Según Stevenson, «la poesía corre, subterránea». La prosa, instrumento privilegiado de la escritura, debe explorar el esplendor oculto de las cosas: «un soupir, un sourire, et le retour à un éternel repos» (J. Conrad, *Le Nègre du Narcisse*, 1982, 497).

Varios autores francófonos del siglo XX recurrieron a las imágenes simbólicas del mar como eje central de sus obras. Mónica Martínez de Arrieta, ocupándose de cuatro autores de finales del XX y principios del XXI, estudia la escritura del exilio, real o simbólico, a través de las metáforas o percepciones del mar que reproducen el desplazamiento identitario. Partiendo de los conceptos de *thalassa*, *pélagos* y *póntos* tal como los emplea Cacciari, analiza en *Vendredi ou les limbes du Pacifique* y *La Goutte d'or* de Michel Tournier, cómo la travesía iniciática es también travesía existencial, a imagen y semejanza de las mutaciones del mar que aquí es *póntos*. En *L'odeur du café* de Dany Laferrière, el mar es *thalassa*, madre, regazo, parte indestructible e indivisible de la identidad del autor, mientras en *Les Yeux baissés* de Tahar Ben Jelloum, el *Mare nostrum* aparece como senda del retorno a los orígenes y ruta de salvación.

En el ámbito francófono, Eva Pich pone de relieve una interesante relación, en *Soifs* de Marie Claire Blais, entre el ritmo del lenguaje literario y la presencia reiterada de las imágenes del mar. Tal ha sido la intención de la escritora: «garder justement le ton de poème du livre, celui du déferlement des vagues», practicando lo que designamos como armonía imitativa. Nos desvela los diferentes valores simbólicos de las imágenes del mar, según respondan a una visión utópica de la isla rodeada de un mar azul como paraíso o a otra más lúcida, la del mar de la exclusión y de la muerte, donde naufragan las pateras, lugar de la disolución del ser en la naturaleza.

Los poetas siempre han sido grandes creadores de imágenes marinas y en el siglo pasado, uno de ellos, Paul Éluard, nos ha dejado magníficos ejemplos de metonimias del mar, como lo demuestra en su fino análisis, María Vicenta Hernández. Para el poeta surrealista, el elemento líquido figura la fluidez del cuerpo femenino: «Tes cheveux blonds m'ouvrent la barque de ton corps» o «la voile de tes seins se gonfle avec la vague», hallazgos poéticos que comunican al lector todo el sabor del mar, elemento femenino por excelencia.

En este breve recorrido, justo es mencionar las dos últimas contribuciones del colectivo, alejadas de estas consideraciones de enfoque más literario, pero no menos interesantes: Claudine Lécrivain observa la evolución del panorama turístico del litoral andaluz, tal y como lo presentan

actualmente las agencias francesas, que valoran más su patrimonio simbólico que la calidad de sus playas o la excelencia de su clima. En vista de la saturación y de la masificación del litoral, se insiste sobre el aspecto histórico y monumental o sobre el encanto natural de los pequeños puertos que jalonan la costa. Por su parte, María Luisa Mora lleva a cabo el estudio «De la percepción metafórica visual a la cuantitativa en ciertas estructuras lingüísticas», mostrando la presencia de la metáfora marina en el lenguaje y haciendo ver, por un análisis contrastivo, la disimetría existente en el uso de ciertas expresiones corrientes, por ejemplo, en castellano «la mar de...», que no tiene equivalencia en francés.

Todas estas aportaciones de alta calidad e indudable interés hacen de este volumen dedicado al mar una obra de lectura útil para todos los estudiosos de la literatura y sumamente interesante para todos los que sienten curiosidad por la eterna presencia del mar tanto en sus manifestaciones artísticas como en nuestra vida cotidiana.